

GUIDO M. CAPPELLI, *El Humanismo italiano. Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2007, 294 pp.

Si uno lee el detallado índice del libro que acaba de publicar Guido M. Cappelli, investigador «Ramón y Cajal» en la Universidad Carlos III de Madrid —así figura en la solapa del libro—, puede apreciar la visión de conjunto que en el mismo se da de una parte de ese capítulo tan importante en la historia intelectual del Mundo Occidental que es el Humanismo italiano, que nadie pone en duda desde que apareciera en 1947 en Berna la versión alemana con el título de *Der italienische Humanismus*, obra del filósofo italiano Eugenio Garin.

Como el propio subtítulo lo indica, el libro de Cappelli cubre el espacio que va desde el comienzo del Humanismo con Petrarca (†1374) hasta la innovación de Lorenzo Valla (†1457). El libro está estructurado en tres partes —a pesar de que los distintos capítulos tienen una numeración sucesiva de 1 a 10, sin respetar la división en partes— y, además, consta de un prólogo, una introducción, una bibliografía y un índice onomástico.

El prólogo (pp. 11-20) está a cargo del propio autor, que sienta las bases de lo que va a tratar a lo largo del libro, incluso un epígrafe viene titulado «Líneas directrices de este libro». Ya al final del prólogo hay una declaración de agradecimiento a una nómina de estudiosos tanto italianos como españoles, que nos permite hacernos una idea de la trayectoria académica del autor.

A continuación viene una «introducción» (pp. 21-37) en donde se escribe sobre esa figura fundamental del Humanismo que es Francesco Petrarca, comenzando por su perfil biográfico que, como señala el propio autor, no es otra cosa que la adaptación y reelaboración de la «Vida de Petrarca» que él escribió en 2003 en las páginas 9-19 de su edición de *Triunfos*, obra que hace el número 345 de la colección «Letras universales» de Cátedra. En este repaso de la biografía petrarquesca se va relacionando el inicio del Humanismo, en el amplio sentido del término, con los diferentes hitos de su vida, afirmando incluso que Petrarca es el iniciador de la filología en el sentido moderno. Ahora que se están elaborando en España los catálogos de las carreras universitarias y se está tratan-

do de desterrar de los títulos la palabra «filología», conviene traer aquí esta afirmación de Guido Cappelli: «Con Petrarca se inicia, de forma sistemática y orientada a la determinación “objetiva” del hecho histórico, la búsqueda de los testimonios culturales de la Antigüedad, el interés por la palabra se hace ciencia: comienza, en suma, la filología en el sentido moderno» (p. 28).

La primera de las tres partes del libro (pp. 39-165) consta de cinco capítulos que tratan sobre la etapa que se conoce con el nombre de primer Humanismo —«La herencia petrarquesca, I. El primer Humanismo» es el título de esta parte— que arranca en la Florencia de los Medici. En este Humanismo florentino son importantes las figuras de Poggio Bracciolini, individuo de mucho poder gracias a su vinculación a la curia pontificia, tanto que contribuyó notablemente a la reforma de la grafía, Niccolò Niccoli destacado más que por escritor por ser recopilador de libros antiguos —la biblioteca Médicea tiene su origen en su colección— y por ser uno de los promotores de la enseñanza del griego en Florencia, y Ciriaco Pizzicollini de Ancona, padre de la moderna ciencia epigráfica. Pero quienes merecen un apartado especial son Coluccio Salutati y Leonardo Bruni, que son considerados a juicio de Cappelli como las «dos figuras principales».

La introducción del estudio del griego es tratada en un capítulo aparte —el segundo, pp. 83-99— de esta primera parte. Aquí aparecen, entre otros, los nombres del bizantino Manuel Crisoloras, autor de los famosos *Erotémata* y verdadero impulsor de los estudios de griego en Italia y, consiguientemente, en Europa, y Jorge Gemistos Pletón —casi un segundo Platón, como diría Marsilio Ficino—, al tiempo que se escribe de la importancia tan grande que tuvo para la difusión de la cultura griega en el resto de Europa el famoso concilio que comenzó celebrándose en Ferrara y se terminó en Florencia con vistas a la unificación de las iglesias romana y ortodoxa griega.

En «La nueva educación» —capítulo tercero, pp. 100-109— se parte de la base de que «la magnitud de la revolución humanística se aprecia con especial intensidad en el cambio que, en un tiempo relativamente corto, se produjo en el currículum escolar, en los métodos pedagógicos y en la jerarquía misma de los saberes» (p. 100). Aquí el





autor establece las diferencias entre los métodos de enseñanza de los grandes creadores de las dos escuelas de la educación humanística, Guarino de Verona, muy apartado del trivio y quadrivio medieval, y Vittorino de Feltre, menos distante, y sus continuadores que se encargaron de sistematizar y difundir por toda Europa las nuevas teorías educativas: Pier Paolo Vergerio, Maffeo Vegio, Gasparino Barzizza y Eneas Silvio Piccolomini (papa Pío II).

El capítulo cuarto se titula «Roma: los curiales y los grandes papas mecenas» (pp. 110-151). Todo el que se haya interesado alguna vez por los documentos pontificios sabe que con frecuencia se ve en ellos la huella de los secretarios apostólicos, y es que, como señala D'Amico, éste era «el puesto más preeminente abierto en la cancillería para un humanista». Ya desde los primeros años del papado de Inocencio VII se ve la afluencia a Roma de humanistas procedentes de diversas partes de Italia, que se incorporan a la curia como *scriptores* o *data-rii*, cosa que continúa con Martín V y su sucesor Eugenio IV, pero sobre todo con Nicolás II y el ya mencionado Pío II que «encarnan mejor que nadie la coincidencia entre la cultura humanística y el poder eclesiástico» (p. 116). A estos grupos pertenecen figuras humanistas como el propio Lorenzo Valla, Pier Candido Decembrio, Giovanni Tortelli y otros. Las figuras de Poggio Bracciolini y Biondo Flavio son objeto de un epígrafe especial en este capítulo, que termina con una cronología de los papas del siglo XV, comenzando con Bonifacio IX que reinó sólo cuatro años de aquel siglo.

El último capítulo de esta parte está dedicado al Humanismo en Venecia (pp. 152-165), con tres epígrafes: «El ambiente cultural» de Venecia, una de las repúblicas más antiguas del mundo, que en el siglo XV se extendía hasta Bérgamo y comprendía ciudades como Verona, Vicenza y Padua; «Leonardo Giustinian y Francesco Barbaro», el primero se interesa por el mundo clásico y por las letras romances, y el segundo es considerado en palabras de P. Viti citadas por Cappelli como «el más ilustre exponente del Humanismo veneciano de la primera mitad del Cuatrocientos» (p. 162); y «El mito de Venecia» como república ideal.

La segunda parte de este libro se titula «La herencia petrarquesca, II. El Humanismo en los centros señoriales» (pp. 167-224). Se inicia con el

capítulo sexto «Milán: Humanismo 'visconteo' y 'sforzesco'», haciendo referencia a las familias que se repartieron el poder en ese estado en el siglo XV, es decir, la de los Visconti y la de los Sforza, que hacen que el Humanismo de Milán se desarrolle vinculado a la curia romana y a Florencia. En la época viscontea destacan varios nombres, pero sobre todos están los ya mencionados de Gasparino Barzizza y Pier Candido Decembrio. El primero, natural de Bérgamo, fue profesor de gramática, retórica y filosofía moral en las universidades de Padua, Milán y Pavia; el segundo, que fue «uno de los personajes de mayor relieve en el Humanismo lombardo e italiano en general» (p.177), se hizo famoso, entre otras cosas, por su colección epistolar «en la que el humanista trabajó durante casi toda su vida» (p. 179). En la época de los Sforza, que dura medio siglo, el «apoyo oficial se hace más constante y oficial» (p. 180), destacando figuras como la de Francesco Filelfo, que llegó a tener un alto nivel en el conocimiento del griego y escribió obras en latín y en romance, la de los historiadores Leodrisio Crivelli, también jurista, y Giovanni Simonetta, destacado miembro de la cancillería más bien que humanista.

En el capítulo séptimo —«El área padana: Ferrara, Bolonia y otros centros»— comienza Guido estudiando el Humanismo en Ferrara, esa ciudad situada entre Padua y Bolonia, cuya figura más importante es Guarino de Verona que se traslada a Ferrara con su método de enseñanza desde 1429. A continuación dedica un epígrafe a la universidad de Bolonia y a los maestros Antonio Urceo Codro, que fue profesor de retórica y de griego en la universidad, y a Filippo Beroaldo, «figura de primera magnitud en el panorama del Humanismo italiano» (p. 202) y alumno del tipógrafo Francesco Putteolano. Otros centros de Humanismo calificados como menores, pues se trata de pequeñas ciudades casi independientes —prefiero esta expresión a la palabra «semiindependientes» utilizada por el autor (p. 204) ya que no figura en el DRAE—, son Rímmini, con figuras como Basinio de Parma, Mantua, con la figura del carmelita Battista Spagnoli o Mantuano, y Urbino que contribuyó al Humanismo italiano con la biblioteca de Federico actualmente agregada a la vaticana.

«Nápoles aragonés desde el rey Alfonso hasta la independencia (1435-1471)» es el capítulo octa-

vo de la obra. El Humanismo napolitano es un fenómeno de importación, pues gracias al rey Alfonso V de Aragón, que supo rodearse de humanistas empleándolos como secretarios, escribas y miembros de la cancillería, en el reino de Nápoles llegaron a mezclarse el italiano, el castellano, el catalán y el latín: por ejemplo, Bartolomeo Facio nació en el norte de Italia, se formó en Florencia y Génova, pero ejerció en Nápoles sobre todo en la educación del príncipe heredero Ferrante. A la muerte del rey, los humanistas de fuera comenzaron a dejar sitio a los autóctonos tales como Giuniano Maio o del sur de Italia como es el caso del siciliano Antonio Beccadelli, el Panormita, el máximo exponente del primer Humanismo napolitano, que fue el que dio al rey Alfonso el sobrenombre de Magnánimo, como se le conoce en la Historia.

La tercera parte del libro, «Dos gigantes: Leon Battista Alberti, Lorenzo Valla» (pp. 225-280), son dos monografías distribuidas en otros tantos capítulos dedicados el noveno a quien intentó aplicar la cultura humanística a todos los campos del saber, y el décimo al teórico renovador de los paradigmas de la cultura.

En efecto, a «Leon Battista Alberti: un intelectual multiforme» le dedica el autor el capítulo noveno entero que distribuye en tres amplios epígrafes en los que comenta sus obras o tratados fundamentales: «Las muchas caras de la moral: *Libri De Familia, Intercentales, De ierarquia*», «Intereses artísticos y científicos: *De pictura, De re aedificatoria*» e «Ideas y sátira políticas: *Theogonius, Momus sive de principes*».

El capítulo décimo está dedicado a estudiar la figura de «Lorenzo Valla: un innovador controvertido y polémico». Muchos son los libros que se han dedicado a este gran romano, pero Cappelli ha sabido espigar lo fundamental de la vida y obra de este filólogo y lo ha estructurado en seis epígrafes en los que va tratando con más o menos amplitud todos aquellos campos en los que Valla destacó: «La crítica filosófica y teológica: *Repastinatio dialectice et philosophie, De vero bono, De libero arbitrio, De professione religiosorum*», «Un método filológico revolucionario: las *Elegantie latine lingue*», «Historia y verdad: las *Historie Ferdinandi primi regis arogonum*», «Filología y religión: *De falso credata e ementita Constantini donatione Declamatio*», «Filología bíblica: las *Adnotationes in Novum Testa-*

*mentum*» y «Los últimos años: *Oratio in principio sui studii et Encomium Sancti Thome*».

Una selecta, aunque breve, «Bibliografía de consulta» (pp. 281-285), distribuida según las diferentes partes en que se divide el libro, y un utilísimo «Índice onomástico» (pp. 287-294) terminan esta obra.

A lo largo de todo el libro de Guido M. Cappelli se puede observar el importante papel que tuvieron los poderes públicos de los distintos estados de Italia en la promoción y difusión del Humanismo, así como sus vinculaciones con la política. La mayor parte de las veces que comienza un epígrafe, el autor hace una semblanza del ambiente político del lugar ya se trate de Florencia, ya se trate de Milán, ya se trate de Ferrara, ya se trate de cualquier otra ciudad o estado.

El libro está bien hecho y bien presentado, con un tipo de letra agradable de leer y, si exceptuamos algunas erratas fácilmente corregibles (como el *Tome* en lugar de *Thome*, p. 9; o *liiterarum* por *litterarum*, p. 84, nota 1; o el «ha» que debe ir en p. 122, lín. 26; o la vacilación entre «Venecia» o «Venezia» que se lee en una misma página, la 151; u «openión» en lugar de «opinión» en p. 211, lín. 10), o la falta de traducción de algún título (o palabra del título, cf. última línea de la p. 187) de las obras latinas (pues casi siempre los traduce, lo mismo que el resto de los textos en latín, y, además, muy correctamente), estamos ante una edición muy cuidada como no puede ser de otra manera teniendo en cuenta la categoría de la editorial que lo edita.

En definitiva, se trata de un manual que pueden usar con provecho los alumnos de esa materia que, de momento —y no sabemos por cuánto tiempo—, figura en los planes de estudio de algunas facultades de un buen número de universidades españolas, bajo el nombre tan genérico de «Humanismo» o algo similar. Es cierto que para la mayoría de los epígrafes que son tratados en esta obra existe abundante bibliografía y de extraordinaria calidad, pero generalmente se trata de monografías que quienes tengan interés pueden leerlas, sin embargo al estudiante universitario, y también al que no lo sea, el libro de Guido le da una visión de conjunto de la primera etapa del Humanismo italiano.

Fremiot HERNÁNDEZ GONZÁLEZ